

# ÍNDICE

IMAGEN DE UNA MONTAÑA.....	9
LAS MACHOTAS.	
LA MUJER MUERTA .....	21
SIETE PICOS.	
PUERTO DE CANENCIA .....	73
PEÑALARA.	
MONTES CARPETANOS.....	137
LA PEDRIZA.....	195
Image d'une montagne .....	239
Image of a Mountain.....	247
Das Bild eines Berges .....	255
PLANOS.....	265



# IMAGEN DE UNA MONTAÑA

Las montañas muestran claros paisajes naturales por sus mismos relieves destacados, porque constituyen refugios a veces últimos de formas de vida vegetal y animal y porque con frecuencia conservan rasgos reveladores de procesos culturales valiosos.

Estos territorios están pasando a integrarse en las redes geográficas generales, experimentando cambios de usos, de modelos y de configuración. Pero los más originales valores de los paisajes montañosos resultan predominantemente del vigor de sus soportes naturales.

Esta pauta forma el fundamento de las morfologías montañosas y, en la alta mon-

taña, caracterizada por lo inhóspito, es el ámbito exclusivista de uno de los paisajes naturales más estrictos de la Tierra. Los niveles de altitud, por ejemplo, distribuyen sus espacios bioclimáticos por el imperio del frío o por el papel del sustrato rocoso, de las precipitaciones o del viento. Estos caracteres hacen a las montañas especiales reservas de espacios naturales.

El relieve de la montaña no es sólo el gran soporte de sus demás elementos y dinámicas, es su misma clave configuradora. Arma las arquitecturas montañosas y en ciertos ámbitos rocosos como las gargantas y la alta montaña desnuda es el elemento constitutivo esencial. El relieve es un valor

natural que deberemos integrar en los códigos conservacionistas.

Por ello, desde el siglo XVIII la montaña alpina y particularmente la alta, de los roquedos y glaciares, ha sido también objeto de una intensa imagen cultural, cuya vanguardia estuvo formada por los científicos, aunque fue difundida por los escritores como el refugio del sentimiento benefactor de la vuelta a la naturaleza.

El más profundo provecho que se obtiene del contacto con la naturaleza, del internamiento en los paisajes de montaña es el que procede de ese sentimiento, el que proviene de la adaptación atenta y respetuosa a sus dominios y a sus componentes: de nuestra acomodación a sus paisajes.

Y ese es el bien que también se pierde cuando no existe en nosotros tal actitud o cuando esos paisajes naturales son transformados hasta el punto de quedar descaracterizados.

El bien de que hablamos procede del ritmo de los viejos caminos, del compás del viento y de la lluvia, de la permanencia del perfil de la roca, del ciclo de las hojas, de la calma de los panoramas serenos y pacientes en el horizonte.

No es frecuente, sin embargo, ese temple; o lo es menos que el que proviene de una mirada pragmática a los recursos naturales o de la que prefiere adaptar las montañas a un objetivo ajeno e interpone pantallas que eviten el contacto directo con la naturaleza.

El bien del que hablamos es el que surge del poderoso valor de lo lejano, de la seguridad del silencio, de la armonía de los elementos exclusivamente naturales, de la posibilidad de la soledad, del ritmo y el ambiente de las cosas salvajes, de esos paisajes fabricados con lentitud, cuya forma es demasiado magnífica como para ser dañada.

Sólo en relación con los hondos contenidos propios del paisaje, el visitante de la montaña podrá obtener un significado moral de su visita.

En este acercamiento ha sido ejemplar la Sierra de Guadarrama. Ya en el siglo XIV había amantes del ambiente silvestre del Guadarrama que lo comparaban con otros modos de vida menos apartados: «Cómo dejaré la Sierra / do hay aire y truchas finas / por ir morar a la tierra / do hay bediñas e porcinas / a do la gente se encierra / con las especies caninas». Pero es más cerca de nuestros días, cuando el apego al Guada-



## 1. En las proximidades de La Gran Cañada y Cinco Cestos se encuentra el risco del Elefantito

rrama se convierte en un movimiento cultural, importado de la Europa alpina, un entendimiento educador de la naturaleza, activamente puesto en práctica y expresado por la Institución Libre de Enseñanza y por la Generación del 98.

Como ha hecho ver Nicolás Ortega, si todo paisaje es una formalización de hechos, de contenidos y de valores apreciables para la educación, su expresión en la Sierra de Guadarrama se convirtió en un excelente recurso didáctico y cultural, ma-

terial y simbólico, por sus cualidades, su enraizamiento y su accesibilidad. Se creó así una sensibilidad específica y una concreción en la práctica del guadarramismo que, a la vez que ha recibido ese beneficio educativo de la naturaleza, ha otorgado una cualificación y un sentido cultural propio a esta sierra. Paisaje y excursionismo van juntos, porque éste es el medio apropiado para enterarse de aquél. Concepto y práctica guadarramista aparecen asociados y obedecen ambos a las aspiraciones e ideas

de Giner de los Ríos. El acercamiento al paisaje se planteaba, pues, como un proceso identificativo, como una busca de ciertos rasgos de la identidad colectiva en el escenario geográfico y como una posibilidad de aprendizaje y de ejercitar la inteligencia, la sensibilidad y la imaginación, además del cuerpo. Esa expresión selecta del paisaje también revertirá en una imagen renovada del Guadarrama, un descubrimiento de sus valores y una atribución de valores simbólicos a sus lugares, Peñalara, La Pedriza, el Reventón... Hay múltiples efectos de reciprocidad entre naturaleza y persona en el sentimiento del paisaje; pero, en esta escuela, tal sentimiento pasa necesariamente por el Guadarrama, el revelador Guadarrama, provocador de entusiasmos.

En efecto, los paisajes poseen una capacidad civilizadora de retorno. En ella intervienen los efectos de su contemplación, su vivencia directa y la participación en sus imágenes culturales. Los paisajes tienen un cuerpo paralelo que tal vez esté ausente de los lugares, pero que les otorgan a veces su sentido más profundo, valores morales. La relación no material entre una sociedad y su paisaje puede adquirir así bastante profundidad. Esto ha ocurrido entre la ciudad

de Madrid y su próxima Sierra de Guadarrama, aunque no sin zigzagueos. Extraña relación inmediata entre el asfalto y la sierra boscosa de manantiales limpios y peñas de perfil con nieve.

Hay, pues, un movimiento intelectual, artístico y naturalista, procedente sobre todo de Madrid, al que se incorporan muchos escritores conocidos del cambio de siglo xix al xx, incluso de primera fila, como Baroja, Machado, Juan Ramón Jiménez. Con frecuencia comparaban la ciudad y su hosca periferia, primero con la silueta de la Sierra en el horizonte y luego con la placidez de sus rincones. A comienzos del siglo xx el poeta Enrique de Mesa describía el duro entorno de la ciudad como «afueras de Madrid: estercoleros; / medianerías rojas; / trozos de sembradura con senderos; / de vez en vez, un álamo sin hojas». Y marcaba la oposición con la montaña: «Pobreza, suciedad. Por la bocana / de la calle, que hiende el caserío, / blanca y azul, lejana, / la Sierra, madre del sediento río.» Machado hablaba igualmente del «Guadarrama, viejo amigo, / la sierra gris y blanca, / la sierra de mis tardes madrileñas / que yo veía en el azul pintada».



## 2. Tramo superior del río de la Angostura en el valle alto del Lozoya

Algo más tarde entraron en la montaña y allí entendieron un mensaje nuevo entre sus sombras, palabras que sólo habitan en los barrancos hondos «donde el viento canta». Vuelven a Madrid con la impresión y el recuerdo de los pasos dados en sus escenarios, de los caminos perdidos en la borrasca de las peñas, de «las trochas duras, / cercano al hosco roquedal cimero». Fue en la Sierra donde Machado oyó que sonaba el planeta en la voz del agua. Allí vieron la belleza del invierno, las rocas erizadas de

hielo, las luces tendidas por la nieve. Así fue naciendo una necesidad de la belleza acompañada que sólo da la naturaleza. Devolvieron la deuda con sus versos. La melodía aprendida en las roquedas bravas y los mantos de los bosques, en los regatos de voz de cristal, donde aún ríe la nieve de la cumbre, vuelve en su voz, escrita en semejanza al concierto conjunto del agua, del aire, de la piedra y del árbol, al canto mudo de la niebla, al «cristal murmurador» del nevero que funde y a la ronca voz del

río. Han conocido el silencio y el tumulto de las nubes que, desde las bocanas de los puertos, ruedan por las laderas, el sonar de batalla de la lluvia, el batir de las alas del viento, el rugido en la noche de las aguas bravas por los canchales. Un libro, un poema sobre la naturaleza de un lugar es como un auto sacramental en el que dialogan los elementos y los sentidos, en el que la razón indaga mientras el Mundo habla y actúa.

El pinar a fines del invierno es en realidad la reunión de la belleza de la silueta del tronco, del color tan identificador del ramaje rojizo, del crepitar que apenas se oye de su corteza, el paso entre las acículas de los pájaros, un trino lejano y otro próximo y distinto, el claro soleado, los brillos de las micas del granito en el borde de la senda, el sonido del agua, el centelleo de la cumbre nevada entre las copas, el gran bloque gris medio cubierto de musgo, el aroma de las plantas, de la ribera o de la sombra, la permanencia de un elegante estilo de la naturaleza, el reencuentro con los recuerdos. Todo es un conjunto que se ofrece de modo complementario, acorde, armonioso y calmo.

Es el concierto entero del agua de la montaña el que entra en la boca del cami-

nante que bebe en el borde del torrente. La montaña va a ser parte incluso física de los escritores y con ellos de sus lectores, como aquéllos y éstos pertenecen paso a paso a la sierra. Integración selecta de ciertos ciudadanos en los austeros pinares. Viejos roquedos que son estimados como maestros. Lugares especialmente sentidos porque nos dieron raíz en el abismo. Esta tradición ha creado un nivel de percepción y también unas obligaciones de mantenimiento de los valores que lo permitieron, de emprender iniciativas que eviten el apagamiento de su ensueño. Hay paisajes temibles que amenazan nuestras montañas. Recuerdo a veces aquel final del libro de Arseniev sobre la taiga del Ussuri, cuando vuelve para visitar la tumba de Dersu Uzala y no pudo reconocer el lugar, desfigurado por las obras de los hombres. Los grandes cedros que abrigan la sepultura habían desaparecido y de la calma sólo quedaba el recuerdo. No quiero aplicarlo más a nuestras montañas.

Al cabo de los años mi vida es una sucesión de paisajes perdidos, de jardines cortados, de escenarios que parecían eternos y sólo estaban prestados por un tiempo. He visto morir riberas en su infancia, lagos en su adolescencia, cumbres jóvenes. La vejez